La Vida con Promesa

Por Michael S. Horton

© 2005, *Modern Reformation Magazine*, “La Vida con Promesa” (Edición Noviembre / Diciembre 2005, Vol. 14.6). Todos los derechos reservados.

¿Qué cosas le impulsan? La última vez que estuve enfermo era sábado y me puse a ver televisión por un tiempo extraordinariamente largo. En todo el día los temas fueron los equipos para hacer ejercicio, cómo hacerse rico sin tener dinero, y Suze Orman me dio sus pasos hacia la seguridad financiera. Esto nos atrae como si fuera una especie de deporte. Esto es así porque estamos como “conectados” a la ley: dime qué hacer y lo haré. Eso no es simplemente el espíritu americano, sino que es la naturaleza humana. La ley de Dios es innata, en nuestra conciencia, parte de nuestra conformación moral. La persona promedio de la calle le dirá que el papel de las iglesias y de otras instituciones religiosas es proveer instrucción moral – sugerencias prácticas para la vida exitosa del espíritu, así como Suze Orman y Jake está allí para ayudarnos con nuestras cuentas bancarias y con nuestros cuerpos.

Incluso los imperativos humanos pueden ser enormemente efectivos para establecer un curso de acción. Si estoy lo suficientemente motivado, un plan que consista de una buena dieta más ejercicios será algo de mucha ayuda. Nunca he estado nada cerca de recibir halagos por tener sabiduría en la planificación financiera, pero puedo darme cuenta que si pongo en práctica la mitad de lo que Suze dice, seré un mejor administrador. (Compré el video. No se aleje de su tarjeta de crédito si pasa un sábado viendo televisión, casi compré tres gimnasios separados y unas pocas cosas para mi esposa.) Los Drs. Phil y Laura ni siquiera tienen que ser Cristianos para proveer un poco de buena instrucción, llena de sentido de común, para los asuntos diarios. Al menos en términos de los principios generales sin refinar, los no Cristianos tienen la ley muy en el fondo. Cuando los Cristianos hablan sobre la ley (“Cómo...”), los no Cristianos saben que estamos hablando en su idioma. Supongo que esa es la razón por la cual tal predicación y tal enseñanza dominan en la iglesia de hoy, puesto que la “ley” (aunque diluida) se percibe como relevante. Sin embargo, es sólo cuando nos encontramos con la ley de Dios en toda su fortaleza que nos vemos impactados con gran fuerza. En lugar de estar a cargo, respondiendo con Israel en el Monte Sinaí, “¡Todo esto haremos!,” nos vemos en una situación difícil, con todas las charadas expuestas y los trucos revelados. La iglesia no es el lugar donde el viejo *yo* es revivido por una semana más, sino donde es muerto y enterrado y el nuevo *yo* es creado a la semejanza de Cristo.

Aún como Cristianos, la ley (en su tercer uso) puede dirigirnos, pero no puede impulsarnos, excepto hacia la desesperación o la auto-justicia. Los Cristianos no son impulsados por los propósitos, sino que son impulsados por las promesas. Los propósitos tienen que ver con la ley. Por cierto, al menos en el discurso Cristiano, se pueden mencionar algunas promesas, pero generalmente se presentan como la zanahoria para cumplir las condiciones que han sido establecidas. Si Ud. hiciera eso con los verdaderos Diez Mandamientos – algo como, “haz esto y viviréis” (Lev. 25:18), la gente respondería:

“¡Eso es legalismo!” Pero la versión terapéutica (la ley fácil de escuchar) vuela por debajo del radar: “Hey, aquí hay unos pocos principios útiles basados en el manual de instrucción de Dios que le ayudarán a tener victoria en su vida.” Aunque el fenomenal best seller de Rick Warren – *La Vida con Propósito*, por ejemplo, difiere del patrón general de los libros de auto-ayuda al insistir en que fuimos creados para Dios y su gloria, ofrece Quince Principios – todos los cuales son imperativos (mandamientos, o más bien, sugerencias) que prometen una vida de victoria para aquellos que los pongan en práctica. Eso, pienso yo, confunde la ley con el evangelio. Y eso, tarde o temprano, produce a su paso resentimiento para con Dios, no deleite.

El hecho de que los propósitos tienen que ver con la ley no les hace sentir mal. ¡Necesitamos propósitos! Nadie puede vivir sin metas. Sin embargo, los propósitos y las metas siempre son algo que debe alcanzarse, que deben lograrse y ser llevadas a cabo por nosotros. Requieren tácticas y estrategias. Todo esto está bien en tanto que nos demos cuenta que son ley, no evangelio: Tanto los mandamientos como las promesas son necesarios, pero hacen cosas diferentes.

La ley nos dice lo que debemos hacer, ya sea que nos enfrentemos con la ira de Dios (la ley en toda su fuerza) o por el temor de no alcanzar nuestro pleno potencial (la versión diluida.) La promesa de Dios, en contraste, crea fe verdadera, lo que crea obras verdaderas. El padre de la Iglesia, Agustín, definió el pecado como algo “incrustado” en nosotros. Aunque los imperativos (incluyendo los propósitos) tienden, por sí mismos, a “incrustarnos” en nosotros mismos (ya sea en la auto-confianza o en la auto-desesperación), solamente la promesa de Dios puede liberarnos de nosotros mismos y de nuestros propios programas en busca de aceptación delante de nosotros mismos, otras personas y Dios. Aunque la vida Cristiana, según la escritura, está orientada hacia los propósitos, es impulsada por la promesa. Ambos pasajes – Génesis 15 y Romanos 4 – señalan este punto de manera poderosa.

Luchando con la Promesa (Génesis 15)

Aún después de su victoria militar y del destacado evento de haber recibido pan y vino con una bendición de parte de Melquisedec, el problema más grande de Abraham es que no tiene heredero, nadie que siga adelante con el llamado que Dios le había dado. Su mundo, tal y como él lo ve, de cualquier forma, es sombrío. “Después de estas cosas vino la palabra de Jehová a Abram en visión, diciendo: - No temas, Abram, yo soy tu escudo, y tu recompensa será muy grande” (Gén. 15:1). Abram y Sarai habían sido sacados de la esterilidad de la religión que adoraba a la luna en la ciudad de Ur por la poderosa Palabra de Dios, que había creado fe en la promesa (12:1). Está la recompensa de la tierra de Canaán, pero, en última instancia, toda la tierra (“padre de muchas naciones”), de lo cual la tierra de Canaán serviría como un tipo. El Nuevo Testamento incluso nos dice que Abraham mismo miraba la promesa terrenal como un tipo de su realidad celestial (Heb. 11:10, 13-16).

Tome nota de esa declaración inicial, es una promesa pura. Este pacto no es como el que Dios hizo con Adán o con Israel, donde la promesa estaba condicionada a su futura obediencia. Era un don que había de ser recibido, no una tarea que debía ser asumida. Dios

simplemente declara, “Yo soy tu escudo, y tu recompensa será muy grande.” Esto es lo que los abogados del antiguo Cercano Oriente hubiesen llamado una “concesión de parte de la realeza.”

Sin embargo, Abraham pregunta, “Señor Jehová, ¿qué me darás, si no me has dado hijos y el mayordomo de mi casa es ese Eliezer, el damasceno? ... Como no me has dado prole, mi heredero será un esclavo nacido en mi casa” (vv. 2-3). Los hechos empíricos del caso – lo que Abram ve, parece ser una evidencia abrumadora contra el testimonio de la promesa. Sin embargo, Dios responde otra vez con la promesa, ofreciendo las innumerables estrellas como señal de la abundante descendencia que provendrá de sus lomos. “Y [Abram] creyó a Jehová y le fue contado por justicia” (vv. 5-6). La respuesta de Abram no es una de optimismo ciego o de pensamiento positivo. Abram se ve a sí mismo creyendo.

La fe no crea; ella recibe. No hace visible lo invisible o presente lo futuro, o realidad la esperanza. Recibe aquello que ya ha sido dado. La gracia precede a la fe. No es aceptar finalmente la bondad del mundo, o mi propia bondad, sino recibir la bondad de Dios hacia mí a pesar de la manera en que están realmente las cosas conmigo y con el mundo. Además, no hay forma de evadir el carácter forense o legal de este verbo hebreo, “declaró.” El verbo es *chashav*, que se refiere al juicio en una corte legal, no a un proceso. Allí estaba Abram, débil y sin recursos, y no obstante, al mismo tiempo – únicamente por virtud de la promesa que le había sido declarada, y que recibió por fe, fue declarado justo. Comentando este pasaje Calvino nos recuerda, “En todas las edades, Satanás ha trabajado muy asiduamente para extinguir, o asfixiar, la gratuita justificación de la fe, que aquí se afirma de manera expresa.” La justificación se halla en el núcleo central de la paradoja divina: ¿Cómo puedo tener la seguridad de que soy acepto delante de Dios como justo cuando continúo en pecado? Veo mi vida. Sin embargo, al pronunciar que Abraham es justo, Abram es justo. La promesa así lo hace. Si podemos tener esto claro en nuestro entendimiento de la justificación, alterará radicalmente cualquier otro aspecto de nuestra relación con Dios.

Abram sigue adelante, preguntando como puede saber que Dios le dará la tierra y Dios responde en esta visión pasando sólo a través de las mitades partidas de los animales (un evento que establece un tratado, invocando el juicio en caso de violación) (vv. 12-21), prefigurando así la cruz de Cristo. Como Pablo atestiguaría en Gálatas 3:19-20, refiriéndose específicamente a este pacto con Abraham, ningún pacto podría estar anclado más firmemente en Dios y en su promesa, en lugar de anclarse en la fidelidad de la parte humana, que uno en el que Dios jura por Sí mismo.

La predicación de la promesa produjo una fe justificante y esta señal y sello ahora la confirma y la ratifica. No es de extrañarse que la pregunta 65 del Catecismo de Heidelberg confiese, “Del Espíritu Santo que la enciende en nuestro corazón por la predicación del Santo Evangelio, y la confirma por el uso de los sacramentos.” A partir de su confesión de fe, Abram continúa ahora su peregrinaje no sobre la base de su vigor físico o por la fertilidad de Sarai, sino sobre la única base de la Palabra (una vez más, en anticipación de su Hijo más grande en su tentación.) Vamos a depender ya sea en las realidades visibles que vemos o en las realidades invisibles que escuchamos que nos son predicadas, pero no podemos confiar en ambas cosas. La incredulidad es inevitable: O dudaremos de la

credibilidad de la palabra divina de cara a las realidades de la vida o dudaremos de la credibilidad de las cosas así llamadas “hechos” de este mundo de cara a la promesa divina. La fe ignora la estadística. El mundo dice que tenemos que salvarnos a nosotros mismos (y a él,) ofreciendo incontables estrategias de esfuerzo, mientras que la Palabra nos pega justo en nuestro engreimiento y nos levanta junto con Cristo. La promesa de Dios crea un nuevo mundo a partir de la oscuridad y el vacío, pastos fértiles de árboles frutales a partir del terreno infértil de la incredulidad y la impiedad. Este pacto no es un llamado a reclamar un futuro que él pueda controlar, sino a recibir un futuro que Dios ha hecho existir. El vientre estéril de Sarai es el lienzo sobre el cual Dios pintará una nueva creación. Y ambos recibieron nuevos nombres. La promesa les da una nueva identidad.

El Cumplimiento de la Promesa (Romanos 4:13-25)

Estos pasajes de Génesis 15 – 17 forman el telón de fondo para buena parte de la predicación de Pablo. Israel había confundido la promesa-pacto hecha con Abraham y la ley-pacto que Israel hizo con Yahvé en el Sinaí. Nadie puede ser justificado por medio de una ley-pacto, insiste Pablo, sino sólo sobre la base de una promesa-pacto. De modo que Pablo sube a Abraham al estrado de los testigos como ejemplo para nosotros, no principalmente como alguien cuya santidad podamos emular (¿ya ha leído la historia?), sino principalmente como alguien para quien la promesa funcionó aún cuando él no lo hizo. Si Abraham no pudo ser justificado por su propia justicia, ¿cómo puede serlo el resto de nosotros, quienes afirmamos que Abraham es nuestro antepasado?

Pablo está contrastando la lógica de la ley con la lógica de la promesa. La ley no es el problema; nosotros lo somos, y la ley simplemente lo pone de manifiesto. Conocemos la ley por naturaleza; nadie tiene que enseñarnos al menos sus principios rudimentarios (Rom. 1 y 2). Cuando nos volvemos a nuestro sentido común, razón, experiencia o lo que vemos con el objetivo de determinar nuestra relación con Dios, siempre es la ley la que tiene la última palabra. La lógica de la ley es totalmente apropiada para aquellos creados a la imagen de Dios, diseñados y equipados para reflejar la justicia de Dios de todas las maneras posibles, pero no dice nada acerca de cómo los quebrantadores de la ley pueden ser salvos de su juicio.

En Romanos 3:21-26, Pablo anuncia que la lógica de la ley sólo anuncia la justicia que Dios es y por la cual condena a aquellos que no se han conformado a ella. Luego llegamos al capítulo cuatro. La pregunta que coloca a la ley y a la promesa en un agudo contraste es esta: ¿Cómo obtiene uno la herencia del reposo celestial? La barrera entre judíos y gentiles es derribada no meramente porque las leyes de la separación étnica sean puestas de lado, sino porque la ley como principio nunca tuvo el propósito de ser la manera de heredar la promesa Abrahámica. “mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia. Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras” (vv. 5-6).

Si leemos Romanos 4 a la luz del argumento de Pablo en Romanos 10, el contraste se hace aún más claro: la lógica de la ley asciende hasta levantar o dejar a Cristo en la tumba, mientras que la lógica del evangelio recibe a Cristo mientras desciende a nosotros en la predicación del evangelio. Debido a que la ley es innata (en la creación) y el evangelio es

un anuncio sorpresivo (después de la caída), el escalar, ascender, alcanzar, poner en práctica los “diez pasos” cualesquiera o seguir los “quince principios” es algo natural para nosotros. No es natural para nosotros, como Abraham, recibir simplemente una promesa, y escucharla es lo que produce fe (Rom. 10:17). Pero Dios nunca está más cerca de nosotros, dice Pablo, que cuando Cristo nos está siendo predicado (v. 8). La lógica de la ley se esfuerza por lo que ve y puede poseer; la lógica de la promesa se sienta y escucha al abogado del pacto leyendo la última voluntad y testamento, promulgando legalmente el legado.

Al ir de regreso al capítulo cuatro, donde Pablo usa la misma frase – “por la justicia de la fe” (v. 13) que usará en el capítulo diez, donde contrasta la lógica de la ley de nuestro ascenso (“ve y consíguelo”) con la lógica de la promesa del descenso de Dios (“Dios te lo ha dado”). De modo que cuando se hace referencia al como somos justificados – es decir, puestos en la debida relación con Dios y hechos herederos de todos los dones que Él tiene para nosotros, la Ley y la Promesa representan medios antitéticos de herencia. Conocemos la diferencia entre un contrato (“Haré esto si tú haces aquello”) y un legado (“Por este medio dejo mi patrimonio a…”). Esa es la diferencia aquí entre empleados y herederos (v. 4). La obediencia activa de Cristo es la base y su muerte es el evento legal que distribuye el patrimonio real a todos sus beneficiarios. Dios simplemente no nos da más buen consejo y exhortación, sino las noticias más sorprendentes en el mundo: “mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (v. 5).

El contraste se presenta, una vez más, como una situación de *esto o aquello* en el versículo 14: “porque si los que son de la Ley son los herederos, vana resulta la fe y anulada la promesa.” No es sólo que la fe es también necesaria, sino que la fe y la obediencia son absolutamente antitéticas como medio para obtener aquello que promete la promesa. La última parte de la oración (v. 15) dice, “La ley produce ira; pero donde no hay Ley, tampoco hay transgresión.” Es la ley la que expone nuestro pecado y lo hace totalmente pecaminoso, contando nuestros agravios no como “errores,” “auto-expresión,” “debilidades,” o incluso “no ser todo lo que podemos ser,” sino como una transgresión perversa del mandamiento explícito de Dios. La ley habla y el viejo *yo* muere. La ley no puede crear fe porque nos dice lo que se debe hacer. Solamente puede anunciar lo que no hemos hecho. La promesa, en contraste, nos dice lo que ha sido hecho por alguien más. Esa es la razón por la cual produce vida.

Luego, en el versículo 16, Pablo dice, “Por eso, la promesa es fe, para que sea por gracia, a fin de que sea firme para toda su descendencia, no solamente para la que es por la Ley, sino también para la que es de la fe de Abraham. Él es padre de todos nosotros.” ¿Ve la lógica de la promesa? Pablo añadirá luego una perla más al collar.

Es importante reconocer que las promesas de Dios no son simplemente un compromiso de una realidad futura, sino que producen esa realidad en el presente. Vemos esto claramente en la manera en que Pablo habla de la ley haciendo ciertas cosas y de la promesa haciendo ciertas cosas. En el versículo 14 de nuestro pasaje, él dice, “porque si los que son de la Ley son los herederos, vana resulta la fe y anulada la promesa. La ley produce ira; pero donde no hay Ley, tampoco hay transgresión.” La promesa (o evangelio) predicada crea fe, así como la ley produjo realmente nuestra condenación. La ley no

solamente nos advierte de la próxima ira de Dios, ella “produce ira,” así como el acto de sentenciar a un criminal, por parte de los jueces, en realidad efectúa la condenación del criminal.

A lo largo de la Escritura se nos enseña que la Palabra de Dios es efectiva: ella produce lo que Dios habla, ya sea en la creación, la providencia o la redención. El habla de Dios es “activa y viva,” dice la Escritura. La ley es exitosa condenando, llevándonos a la desesperación con respecto a nosotros mismos, para buscar salvación fuera de nosotros mismos. El evangelio es exitoso dándonos fe para recibir a Cristo y todos sus beneficios. El evangelio no sólo habla de un mundo que podría llegar a ser si tan sólo hacemos que nuestras acciones trabajen juntas; crea un nuevo mundo donde no había ninguna capacidad, y ese es exactamente el lenguaje que Pablo usa en los versículos 17 al 22. Dios crea, al hablar, la muerte y la vida.

Esta es la razón por la cual Pablo regresa otra vez al ejemplo de Abraham y Sara como el terreno de construcción de una nueva creación, producida por la promesa. He aquí la lógica: “Por eso, la promesa es fe, para que sea por gracia, a fin de que sea firme para toda su descendencia,” tanto judíos como gentiles (v. 16.) Luego añade, “como está escrito: «Te he puesto por padre de muchas naciones». Y lo es delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos y llama las cosas que no son como si fueran” (v. 17). Así como Dios habló y el mundo llegó a existir sin ninguna contribución de parte de la creación en sí, Dios habla y un nuevo mundo de salvación llega a existir. Y así como Abraham es declarado justo en el acto por esta proclamación, señala Pablo, fue declarado en el acto “padre de muchas naciones” a pesar de todas las apariencias de lo contrario. “Él creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas naciones, conforme a lo que se le había dicho: «Así será tu descendencia»” (v. 18). El dicho de Dios así lo hace. La salvación viene, entonces, no por hacer ciertas cosas sino por oír ciertas cosas y abrazarlas por fe, que es creada por el Espíritu a través de la predicación de la promesa. No todas las partes de la Palabra dan vida, como dice Pablo más tarde en el capítulo 7 (v. 10): “Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte.” Si Pablo no fuese un trasgresor, la ley le declararía justo, pero, por lo que es, ella solamente puede producir muerte. La promesa, en contraste, trae vida – de la nada.

Este es el escándalo de la justificación: ¿Cómo puede Dios declararnos justos si no somos inherentemente justos? ¿No es esto una ficción legal? ¿No hace esto que Dios se convierta en mentiroso? Pero eso es como decir que Dios no puede decir, “Sea la luz” a menos que haya un sol que la dé. Dios mismo crea las condiciones necesarias para la existencia de su obra. Cuando Él dice, “¡Sea la luz!,” el sol existe. Cuando dice, “Que esta persona impía sea justa,” “que esta mujer estéril quede embarazada,” “que esta persona sin fe abrace mi Palabra,” así sucede. Cuando entendemos en verdad la justificación, entendemos en realidad como Dios opera con nosotros en todos los aspectos de nuestras vidas delante de Él. Cristo vivió la vida con propósito para que pudiésemos heredar su justicia por medio de la fe y ser un pueblo con promesa en un mundo con propósito. Él sí obtuvo la herencia eterna por medio de la obediencia a todo lo que Dios ordenó, impulsado por el propósito de cumplir la ley para nosotros, en perfecto amor para Dios y el prójimo.

Renunciando a la esperanza en los poderes ordinarios de la naturaleza humana, le fue dada una esperanza genuina en Dios por primera vez. El futuro era ahora el futuro de Dios, no el propio. No tuvo que resolverlo todo, trazar un plan, plantear un esquema para producir la herencia (como lo había hecho antes.) De modo que, debido al poder de la promesa, no de sus propias metas o resoluciones, Abraham pudo quitar su vista de "su propio cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara" (Rom. 4:19). Una vez más, "no dudó," no por alguna virtud inherente de su fe, sino porque estaba "plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido" (v. 21). En otras palabras, se debió al objeto de la fe, no al acto mismo de la fe, por lo cual Abraham pudo estar firme.

Como se anticipó antes, Pablo añade aquí otra perla en la cadena de la lógica de la promesa: Si la herencia viene por fe en la promesa y no por la fe en las obras de la ley, entonces la fe le da toda la "gloria a Dios" (v. 20). La fe no se glorifica a sí misma, o a nuestro acto de fe. Se dirige completamente a Dios y su promesa. La fe es fuerte sólo en la medida que la promesa es fuerte. Abraham sabía que Dios podía realizar lo que había prometido. "Por lo cual también su fe le fue contada por justicia" (v. 22).

Conclusión: ¿Qué le Impulsa a Ud. Realmente?

En los versos finales de este excepcional capítulo (vv. 23-25, y los primeros cinco versículos del capítulo cinco), Pablo escribe,

> Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación. Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.

La fe es desafío. La fe de Abraham desafió todas las posibilidades que miraba, a favor de la palabra "imposible" que había escuchado. Esta es la razón por la cual "la fe es por el oír… esta es, la palabra de fe que predicamos" (Rom. 10:17). Confiar en Dios es desconfiar de cualquier otro que presente promesas. El mundo hace un montón de promesas: "Trata este producto y serás…" Al comprar constantemente nuevas modas o maquillajes como si fuesen hojas de higo que esconden la seriedad de nuestra condición, nos entregamos en las manos de los mercaderes que tratan de convencernos de que podemos alcanzar la salvación, no importa cómo la definamos. Incluso la iglesia puede convertirse en un lugar donde la gente obtiene la idea de que existe meramente para ser una especie de 'ujier' que le da la bienvenida al reino sirviendo en comités e involucrándose en cientos de programas. Tenemos un montón de propósitos, grandes cantidades de metas – algunas de ellas muy nobles. Desesperados por salvarnos a nosotros y a nuestros hijos de todo, excepto de la ira de Dios, dejamos de darnos cuenta que, aunque diluidas, estas cosas no son sino ley en lugar de promesa. Tarde o temprano, terminaremos anegados de buenos consejos. Lo que necesitamos son buenas nuevas.

Michael Horton es profesor de apologética y teología en el Seminario Westminster de California (Escondido, California).